

políticos españoles de primerísima fila han sido o son andaluces, a todos los cuales se hace referencia pormenorizada en estas páginas. Desde Alcalá-Galiano, Martínez de la Rosa, Cea Bermúdez, Mendizábal, Narváez, Serrano, Castelar o Cánovas, a Alcalá-Zamora, Martínez Barrio, Lerroux, De los Ríos, Felipe González o Julio Anguita. Tal legión, pero también el andaluz de a pie (recuérdese a los emigrantes andaluces desparramados por todo el país en los siglos XIX y XX), ha sido determinante en el proceso de modernización de España y en la configuración del Estado (todavía fundamentalmente unitario pese a su actual recorte de competencias en favor de las Autonomías) tal cual ha llegado hasta hoy. Pero en muy inferior medida han influido en el avance y progreso de su región de origen, asunto que raras veces ha sido para ellos prioridad. Ignoro si el autor del libro convendrá conmigo en que, al menos en lo que respecta a Andalucía, hoy como en los peores momentos críticos del siglo XVII en que España se jugó su propia identidad y existencia, mantiene una parte de su vigencia la observación certera de Francisco de Quevedo: «... *solo Castilla y el noble pueblo andaluz llevan a solas la cruz*».

Obra innovadora de gratificante lectura para el historiador y para el curioso lector en general. Amplio cuerpo de láminas e Índices bibliográfico y onomástico.

Juan B. Vilar

Universidad de Murcia

PONZ, Antonio: *Viaje fuera de España*. Edición de Mónica Bolufer. Alicante. Publicaciones de la Universidad de Alicante. 2007, 865 pp.

La centuria ilustrada incorporó nuestro país a los circuitos europeos del viaje y de la edición de éstos. Y si a pesar de que los jóvenes ingleses de buena familia que finalizaban sus estudios no osaban pasar por lugares tan inhóspitos y atrasados como los que abundaban en España y elegían sitios más cómodos y cultos para perfeccionar su educación, bien cierto es que decenas y decenas de escritores británicos, se aproximan al centenar, se pasearon por la piel de toro y dejaron constancia de sus andanzas por aquí. También debemos señalar que la mayoría de ellos viajó con el único objetivo de abandonar la reclusión que les suponía la plaza fuerte de Gibraltar, pero no por ello, y contando con que muchos no entendían ni hablaban castellano, dejaron de plasmar en innumerables libros sus impresiones sobre un país en el que habían estado, como mucho, unas pocas semanas. Claro que siempre hay excepciones. Dos de ellas son Arthur Young y el reverendo Joseph Townsend, autores de interesantes obras sobre la economía de la Cataluña de la época o de un itinerario de dos años por la España de Carlos III.

Y si los viajeros foráneos se dedicaron a recorrer un país «del que sabemos tan poco como de algunos remotos parajes de África, pero que no vale la pena conocer», en palabras de Voltaire, con los únicos objetivos de hacer turismo y poder atender el encargo

de alguno de los muchos editores, los viajeros patrios, que también los hubo, afrontaron los indudables peligros de un trayecto por una España en la que, por ejemplo, la red de caminos era similar a la de la época de los romanos –aunque, claro está, algo más deteriorada por el paso del tiempo– y cuyas posadas eran pocas, sucias y ubicadas en parajes peligrosos por donde los viajeros trataban de pasar de largo para evitar ser víctimas de los amigos de lo ajeno, muchas veces los propios mesoneros. Innumerables ilustrados españoles recorrieron incansablemente nuestra geografía armados con una orden real para dejar su constancia de la realidad socio-económica y de las medidas que proponían para mejorar la situación. Así, Cavanilles, los hermanos Villanueva, Carlos Beramendi, Francisco Pérez Bayer, o Antonio Ponz fueron algunos de los valencianos que anduvieron por esos caminos patrios. Otros, como el mismo Ponz, Juan Andrés, Jorge Juan y Francisco Xavier Balmis, marcharon al extranjero para observar y estudiar nuevas formas de producción que importar a nuestro país, recorrer las duras tierras del exilio o, simplemente, conocer la situación real de nuestras colonias de ultramar y poner remedio a una situación que se escapaba de las manos de los gobiernos reformistas y que culminaría, pocas décadas después, con su independencia de la metrópoli.

El castellonense Antonio Ponz, autor de un memorable *Viaje por las iglesias de España* –que, doscientos años después, todavía nos ilustra sobre las cuantiosas obras de arte perdidas que faltan en nuestro patrimonio artístico–, también se atrevió con un interesante trayecto fuera de nuestras fronteras, siguiendo el ejemplo de otros ilustrados hispanos como Fernández de Moratín, el duque de Almodóvar, Viera y Clavijo, Bernardo José de Olives o el Marqués de Ureña.

El *Viaje fuera de España* del sacerdote de Bejís, desde hace mucho tiempo imposible de encontrar en las librerías, ha sido puesto a disposición del estudioso y del lector por la profesora Bolufer, de la Universidad de Valencia, en una cuidada y excelente edición debida al Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante. En ella, Mónica Bolufer nos deja en su espléndida introducción una amplia mirada sobre la Europa de la Ilustración, nos habla, cómo no, de la vida y milagros de Antonio Ponz y nos recuerda los motivos que embargan al aprendiz de jesuita en su afán patriotero por dejar a España «en el lugar que se merece». En su escrito, Ponz alerta sobre los peligros de la libertad que campea en Inglaterra y arremete contra el menosprecio hacia los españoles que observa en los franceses; a su paso por Flandes, no puede por menos que añorar aquellos lejanos tiempos en que esas tierras pertenecieron a España, y en su vuelta a Madrid, sin balance final del trayecto, no deja de ironizar sobre sus experiencias: «En el discurso de un año, tres meses y cinco días, saliendo de Madrid, corrí fuera de España, por Italia, Alemania, Flandes y Francia más de 580 postas, hice noche en 107 posadas, atravesé los Pirineos, los Alpes y los Apeninos, pasé o tuve a la vista 138 ríos...». Y, concluye en modo jactancioso: «He sido visitado por la mayor parte de los generales de las órdenes religiosas y de los primeros sujetos, personalmente o por billetes. He tratado los sabios y literatos de más reputación, los músicos e instrumentistas de más celebridad. He observado los trajes, las costumbres, los usos y lenguas de diversos países. En una palabra, he procurado

cuanto he podido asemejar mi conducta a la de las abejas; picar en el campo para ir a su casa a formar la miel».

Emilio Soler Pascual
Universidad de Alicante

RAMÍREZ MUÑOZ, Manuel: *Con el aire que viene del desierto. Canarias y las plagas de langosta peregrina.* Las Palmas de Gran Canaria: Ayuntamiento y Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. 2007, 268 pp. con cuadros y fotografías.

El tenaz y vocacional historiador Manuel Ramírez Muñoz se ocupa en esta obra, la última de su amplia producción historiográfica de madurez, de un tema coyuntural de la historia (y la prehistoria) de las Islas Canarias que, sin embargo, nos merece la consideración de estructural, toda vez que su incidencia, aunque esporádica y circunstancial, se ha dejado sentir en el suelo insular desde tiempos inmemoriales hasta, prácticamente, la actualidad. Se trata de los periódicos arribos de los *cigarrones* (tal y como se conoce a la langosta peregrina en el habla popular isleña) desde el norte a África al archipiélago, cuya voracidad tanto temor causaba a la sufrida población isleña cuando ésta vivía de la agricultura, o lo que es lo mismo, hasta hace apenas unas tres décadas, cuando el desarrollo del turismo de masas relegó a un papel secundario al agro insular y convirtió, cada vez más, al sector servicios en la columna vertebral de la economía canaria.

La investigación está diseñada bajo las perspectivas más amplias posibles, dado que, desde el punto de vista geográfico, abarca todo el archipiélago y, desde el cronológico, las cinco centurias que median entre 1516 (esto es, dos décadas después de la conquista castellana), cuando están documentadas las primeras plagas, y 2004, el año que, hasta el momento, ha sido testigo de las últimas. Por si fuera poca la amplitud de miras, nuestro esforzado autor rebasa en su análisis el entorno insular y se retrotrae en el tiempo hasta la Antigüedad (recoge referencias sobre el antiguo Egipto, Mesopotamia, etc.) y, paralelamente, va más allá del cometido específico del historiador para explicar, con los conceptos tomados de otras disciplinas, el ciclo vital del insecto, los fenómenos meteorológicos que propician las migraciones, las devastadoras consecuencias de éstas a lo largo de la Historia y, en definitiva, todas las interioridades del agente cuya acción sobre el suelo insular ha conformado su objeto de estudio. Para llevar a buen puerto tan vasta tarea, el profesor Ramírez Muñoz ha hecho acopio de un cúmulo de datos en archivos insulares y peninsulares, la prensa isleña, varias revistas especializadas y un abundante corpus bibliográfico en el que figuran todos los cronistas e historiadores de las islas que, antes de él, se han acercado de manera parcial o colateral al tema; y una buena muestra bibliográfica referida a contextos ajenos al archipiélago (incluyendo la Biblia, el Quijote y *Las Etimologías* de san Isidoro de Sevilla).